

Manu observa a Muriel hacer las maletas.

Nunca hasta entonces se había dado cuenta de que su meticulosidad llegara a tales extremos.

Ella siempre había sido escrupulosa, limpia que se dice, también ordenada, tal como se esperaba de las mujeres de las familias bien.

Entonces, al verla actuar como si estuviera en un laboratorio, se daba cuenta del significado de aquel hábito femenino tan bien aceptado socialmente.

Era el horror a la muerte lo que se encontraba implicado en aquel ritual sagrado.

Ahora comprendía por qué cada vez más personas se veían afectadas por fobias relacionadas con el miedo a contraer enfermedades.

La gripe A, por ejemplo.

Un virus había conseguido aterrorizar a todo el planeta sin que nadie se hubiera planteado el sentido de aquella amenaza.

Se trataba de la falta de fe, pero sobre todo de amor.

La prueba era que en unos instantes, simplemente por el hecho de haber roto con él, se había convertido en una especie de robot.

Sus movimientos eran los de un autómata, y la expresión de su rostro producía terror.

En el fondo se sentía feliz y respiraba hondo alegrándose de haber terminado con ella.

Por mucho que le hubiera echado en cara el haber estado viviendo durante años a costa del dinero de sus padres, pensaba que ella le había estado vampirizando.

Para empezar se aprovechaba de su pensamiento.

Nunca leía, ni siquiera el periódico, y esperaba que él le ofreciera no sólo la información, sino la repercusión de cada noticia.

Él reflexionaba sin cesar en voz alta, mientras ella mantenía una sonrisita de satisfacción, como quien se sabe dominador.

Entonces las mujeres frías, dominantes, o flores del mal, como Baudelaire las llamaba; se habían convertido en las amas del mundo.

Y esa violencia, disfrazada de pulcritud, le parecía propia de un sepulcro.

Eso realmente significaba la escrupulosidad malsana, el hecho de considerar a los demás como cadáveres putrefactos.

Lo séptico se encontraba dentro de todos nosotros, y todos esos afanes antisépticos no servían más que para aumentar el padecimiento que un profeta había venido en vano a la tierra a redimir.

La razón de todo aquel miedo patógeno, el verdadero germen del mal, era sin duda la ausencia de goce.

Es decir, la escisión del núcleo del ser, el cisma entre el sexo y el amor.

Ellos, como toda pareja genuina, se habían iniciado en ambos poco a poco.

Primero había llegado la atracción y luego el acercamiento.

Una vez a solas, sus almas se habían buscado a través de los ojos, encontrándose y regocijándose mutuamente.

Los labios, pero especialmente las manos, durante años habían sido capaces de fusionar por sí mismas sus dos seres.

Lo que se dice sexo, la unión genital propiamente dicha, había tardado en hacerse un hueco en sus encuentros amorosos.

Precisamente en aquella primera época el deseo fluía como un río.

La eyaculación carecía de importancia pues sucedía de modo espontáneo.

Pero luego, cuando el coito se institucionalizó, de algún modo fue robando terreno al amor, y así al final su alma había llegado a convertirse en un pozo seco.

En el fondo algo le había matado por dentro, y viéndola actuar con tal vehemente frialdad, reconocía a la culpable de aquel crimen contra la humanidad.